

*Declaración de la guerra. - Crítica situación a que se ven reducidos los cartagineses. - Sitios de Útica e Hipozarita. - Incapacidad de Hannón.*

No pasaba desapercibido para Gescón cuanto ocurría en la conmoción y tumulto; mas prefería a todo la utilidad de su patria. Consideraba que, una vez enfurecidos estos sediciosos, arriesgaba visiblemente Cartago todos sus intereses; por cuyo motivo se presentaba a ellos, insistía en reducirlos; unas veces atraía a sí los más importantes, otras los convocaba y exhortaba por naciones. Al mismo tiempo los africanos vinieron insolentemente a pedir las raciones de pan que no habían recibido y creían que se les estaban debiendo; pero Gescón, en castigo de su altanería, ordenó las fuesen a pedir a Mato su jefe. Esto les irritó de tal forma que sin más (año -240) empezaron primero a arrebatar el dinero que estaba presente, y después a echar mano a Gescón y a los cartagineses de su comitiva. Mato y Espendio, en la creencia de que si cometían algún atentado contra ley y derecho se encendería de este modo cuanto antes la guerra, coadyuvaban a los desvaríos de la multitud. Saquearon el equipaje y dinero de los cartagineses, ataron ignominiosamente a Gescón y sus compañeros, los metieron en la cárcel y declararon finalmente la guerra públicamente a Cartago, violando el derecho de gentes por la conjuración más impía. Tal es la causa y origen de la guerra contra los extranjeros, llamada asimismo guerra de África. Mato, evacuado que hubo estos negocios, envió al instante legados a las ciudades de África, proclamando libertad y rogando le socorriesen y tomasen parte en el asunto. En casi todos los pueblos halló buena disposición para rebelarse contra los cartagineses y para enviarle gustosamente víveres y socorros. Por lo que, dividido el ejército en dos partes, emprendió con la una sitiar a Útica, y con la otra a Hipozarita, por no haber querido entrar en la rebelión estas ciudades.

Los cartagineses, habituados siempre a pasar las necesidades privadas de la vida con lo que daba de sí su territorio, pero a recoger las provisiones públicas y aparatos de guerra de lo que les redituaba el África, y a formar sus ejércitos de tropas extranjeras, se hallaban entonces en gran consternación y desconfianza, al considerar que no sólo estaban privados inesperadamente de todos estos auxilios, sino que cada uno de ellos se había tornado en su perjuicio: tan inopinado era el lance que les pasaba. Aniquilados con la continuada guerra de Sicilia, esperaban que, ajustada la paz, gozarían de algún reposo y tranquilidad apetecible. Pero les sucedió lo contrario. Se les originó otra guerra mayor y más formidable. Antes contendían con los romanos sobre Sicilia, pero ahora tenían que sostener una guerra civil, donde iban a arreglar su propia salud y la de la patria. Añadíase a esto que, como habían salido mal en tantas ocasiones, se hallaban sin provisión de armas, sin fuerzas marítimas, sin pertrechos navales, sin acopios de víveres y sin la más leve esperanza de que les socorriesen desde el exterior sus amigos o aliados. Entonces comprendieron claramente cuánta diferencia haya de una guerra extraña y ultramarina a una doméstica sedición y civil alboroto. Pero ellos mismos habían sido los autores de estos y otros semejantes infortunios.

En la guerra anterior habían tratado con dureza a los pueblos de África, imaginándose que tenían justas razones para exigir de la gente de la campaña la mitad de todos sus frutos, y de los habitantes de las ciudades otro tanto más de tributos que antes pagaban, sin que hubiese remisión o condescendencia con ninguno, por pobre que fuese. De los intendentes admiraban y honraban no a aquellos que se habían portado con humanidad y dulzura con los pueblos, sino a los que habían reunido más provisiones y pertrechos, aunque a costa del mayor rigor con el paisanaje. De esta clase era Hannón. Y por tal motivo, las gentes, no digo persuasión, una insinuación sola necesitaban para rebelarse. Las mujeres, que hasta entonces habían presenciado sin emoción llevar a la cárcel a sus maridos y parientes por el pago de los impuestos, conjuradas ahora en las ciudades, hacían alarde de no ocultar nada de sus efectos, desprendiéndose de sus adornos y llevándolos para pago de las tropas. De esta manera recogieron tanto dinero Mato y Espendio, que no sólo satisficieron los sueldos devengados a los extranjeros y las promesas hechas para empeñarlos en la rebelión, sino que tuvieron con qué proseguir la guerra con abundancia. Tan verdad como esto es que el que quiere gobernar bien debe no sólo mirar a lo presente, sino extender también sus miras a lo futuro.

Rodeados de tantos males, los cartagineses, habiendo concedido a Hannón el mando, por haberles sujetado antes aquella parte del África situada alrededor de Hecatonápilo, reunieron extranjeros, armaron los ciudadanos que tenían edad competente, ejercitaron e instruyeron la caballería de la ciudad, y aprestaron el resto de buques de tres y cinco órdenes que había quedado con un gran número de lanchas. Mientras tanto Mato, habiendo acudido a sus banderas hasta setenta mil africanos, divididos en dos trozos, sitiaba sin riesgo a los uticenses y a los hipozaritanos y tenía bien asegurado el campo de Túnez, con lo que cortaba a los cartagineses la comunicación con toda el África exterior. Se halla Cartago situada en un golfo que, adentrándose en el mar, forma la figura de una península, rodeada casi por todas partes, ya por el mar, ya por el lago. El istmo que la une con el África mide veinticinco estadios de anchura. La ciudad de Útica está ubicada no lejos de esta parte que mira al mar, y de la otra Túnez, junto al lago. Sobre estos dos lugares acampados los extranjeros, cortaban a los cartagineses la comunicación de la provincia, amenazaban a la ciudad y, con continuos rebatos que día y noche daban a los muros, ponían en gran terror y espanto a los sitiados.

Mientras tanto Hannón realizaba los esfuerzos posibles para acumular municiones. Éste era todo su talento; pero colocado al frente de un ejército, parecía otro hombre. Se aprovechaba mal de las ocasiones, y se portaba con poca pericia y actividad en todos los asuntos. Cuando se dirigió a Útica a prestar socorro a los cercados, atemorizó a los enemigos con el número de elefantes, que no bajaban de cien; aunque al principio tuvo toda la ventaja de su parte, hizo un uso tan malo de ella, que puso en riesgo de perderse hasta los mismos cercados. Había traído de Cartago las catapultas, máquinas y demás pertrechos para un asedio, había sentado su campo delante de Útica y emprendido atacar el real de los enemigos. Efectivamente, los elefantes se arrojaron al campo contrario, y los enemigos, no pudiendo soportar la fuerza e ímpetu, tuvieron todos que abandonar los reales. La mayoría de ellos murieron heridos por las fieras; la parte que se salvó hizo alto en

una colina escarpada y sembrada de árboles, afianzando su seguridad en el mismo sitio. Entonces Hannón, habituado a pelear con númeridos y africanos, los cuales, si una vez llegan a retroceder, huyen y se distancian dos o tres jornadas, en la creencia de haber dado fin de los enemigos y haberlos vencido completamente, abandona absolutamente sus soldados y la defensa del campo, penetra en la ciudad y se entrega a las delicias del cuerpo. Los extranjeros que se habían refugiado en la colina, partícipes del valor de Barca y acostumbrados con los combates que habían sostenido en Sicilia a retroceder y volver a atacar al enemigo repetidas veces en un mismo día; cerciorados entonces de que el general se había retirado a la ciudad, y los soldados con la ventaja andaban ociosos y desbandados fuera del campo, se reúnen, atacan las trincheras, matan a muchos, obligan a los demás a huir vergonzosamente bajo los muros y puertas de Útica, y se apoderan de todo el bagaje y provisión que tenían los cercados; los cuales sacados de la ciudad con otros pertrechos cayeron por culpa de Hannón en poder de los contrarios. No fue ésta la única ocasión en que este general incurrió en tanto descuido. Pocos días más tarde, situados al frente los enemigos junto a un lugar llamado Gorza, ofreciéndole proporciones la inmediatez del campo contrario para vencerlos dos veces en batalla ordenada y otras dos por sorpresa, ambas las dejó escapar por imprudencia y sin saber cómo.